emequis

25 de mayo de 2009

Número 173

Páginas de la 8 a la 12

reporte punk

Bruno Eslava es el último ejemplar de una especie en extinción. Es un tesoro viviente, un brujo que posee el secreto de la inmortalidad. Él es capaz de congelar el tiempo y hacer que una persona permanezca joven eternamente. Y por si fuera poco, es capaz de revivir a los muertos.

No es que don Bruno domine la magia negra o sea un científico experto en genética: es un artesano, un fotoescultor que logra perpetuar la imagen de una persona, darle vida en tres dimensiones y hacerla existir para siempre.

Hasta donde se sabe es, también, el único mexicano vivo que aún domina ese oficio que permite transformar una simple fotografía en un objeto con volumen, casi en una escultura hiperrealista.

Hace 50 años existía una tradición muy mexicana: convertir las fotografías en objetos tridimensionales. Habilidosos artesanos lograban recrear en madera un retrato, al que decoraban y vestían como si se tratara de un ser humano en miniatura. Era el oficio de la fotoescultura, que tras vivir un momento de esplendor comenzó a declinar, hasta que los fotoescultores desaparecieron... Excepto uno: Bruno Eslava, quien a sus 84 años continúa inmortalizando a las personas a través de su trabajo.

Por Diego Mendiburu dmendiburu@m-x.com.mx Fotografías: Eduardo Loza

Se sabe que la fotoescultura nació en México a fines de los años treinta, y que tuvo en las dos décadas siguientes su más próspero periodo. Por justo en los cincuenta cuando Bruno Eslava empezó a trabajar en la fotoescultura, o al menos eso recuerda.

"En 1950 tenía 30 años, pero me veía bien, nadie creía que tuviera esa edad". Ni nosotros le creemos: si en verdad hubiera tenido esa edad, ahora tendría 109 años, y no los 84 que reconoce tener. ¿O será que don Bruno en verdad conoce el secreto de la juventud eterna?

Su andar ya no es ágil y, como es evidente, le cuesta trabajo recordar fechas. Cuando habla de sus inicios en el arte lo hace entre risas. Al principio no le gustaba la fotoescultura, pero le fue tomando gusto. Él era carpintero, oficio que le enseñó uno de sus hermanos tras la muerte de sus padres, cuando aún eran niños. Así aprendió a domar la madera. Un día un amigo fotoescultor le pidió ayuda porque era tal la demanda de trabajo que no se daba abasto. Él aceptó, quejumbroso. Pronto se dio cuenta de que era un negocio próspero, con el tiempo se independizó del amigo – que se volvió borracho por culpa de una banda de músicos, según don Bruno – y montó su propio taller.

En la mejor época de la fotoescultura Eslava se comprometía a entregar hasta cien piezas en una semana, las cuales elaboraba en su taller de la calle de Doncelles, donde compartía piso con una veintena de artesanos dedicados al mismo oficio. Ahora hace "unas cinco a la semana, a lo más", lo que parece bastante porque su taller no guarda el mínimo rastro de trabajo reciente: sí, hay mucho polvo, pero nada de aserrín, herramientas desarrumadas o trabajos inconclusos. La sierra caladora está desconectada, y la madera se acumula en un rincón, huérfana de destino.

Don Bruno cobraba entre 2 mil y 3 mil pesos por cada fotoescultura. Las últimas que ha hecho fueron un encargo de un selecto grupo de conocedores, entre coleccionistas, artistas y fotógrafos.

El último fotoescultor mexicano no tiene problema en revelar los secretos de su oficio:

Primero, obvio, se necesita una fotografía. Antes la gente le daba copias ampliadas de originales, pero esto ha cambiado con el arribo de la fotografía digital y la lenta muerte de las casas de revelado.

Se tiene que recortar al personaje de la foto; luego, trazar el contorno de la figura sobre papel y utilizar ese papel para, con la sierra caladora, cortar la madera con aproximaciones. Don Bruno una cedro o caoba.

En este punto comienza a modelarla, a darle volumen. La lija "para quitarle la huella de la herramienta" y por fin la pega la fotografía.

Pero la foto se tiene que retocar. Antes le daban las fotografías en blanco y negro, por lo que un retocador coloreaba la fotografía con acuarelas, lo que producía tonos pastel. El "repinta" le pintaba la vestimenta y el decorador le colocaba joyas, aretes, collares, corbatas o insignias.

Ya con la foto retocada, sólo falta agregar el marco.

En el pasado la fotoescultura era toda una industria: el trabajo se dividía en una especie de línea de producción, donde participaban muchas manos; sólo así podían sacar todos los trabajos que la gente les pedía. Y no sólo les llegaba trabajo de México, sino de otros países, como Venezuela y Estados Unidos.

"Durante la Segunda Guerra Mundial se mandaron a hacer muchas fotoesculturas de los jóvenes soldados que se fueron a combatir", explica Gloria Falcón, directora de colecciones del Museo del Estanquillo, donde se exhibe una vasta serie de fotoesculturas dentro de la exposición temporal *Si pereces tanto a mí*.

A pesar de que aún se pueden encontrar fotoesculturas en mercados de antigüedades –y en casa de una que otra abuela– la información que existe sobre el tema es muy escasa. Existen muy pocos trabajos que documenten el origen del oficio, admite Falcón, así que sólo queda recurrir al recuerdo de Bruno Eslava para revivir los buenos años de la fotoescultura.

"Como había muchos muertos en la guerra, venía gente de Estados Unidos para que yo les hiciera su fotoescultura. Querían verlos vivos. Se imaginaban que lo tenían enfrente con una fotoescultura", rememora el artesano, orgulloso de su poder para revivir a los muertos.

Tal y como ahora se hace con las fotos de bodas o graduaciones, las fotoesculturas lucían en las salas de las casas, aunque se colocaban en lugares más especiales. "Repisas en altares, con flores y veladoras, como si fueran una presencia permanente, para recordar al ser querido", cuenta la curadora del Museo del Estanquillo.

Dentro de las fotoesculturas que se pueden admirar en ese museo destacan aquellas con especial atención en los detalles: las de los soldados en fatiguitas son tan minuciosas que hasta los botones de las camisas y las medallas y condecoraciones de sus uniformes están hechas en miniatura. Hay otras piezas donde mujeres hacen velos de encaje, propios de su vitrder; otras aparecen con grandes aretes y voluminosos anillos. Todo reproducido a escala, con madera o metales reales, en tamaños minúsculos.

"Tenemos una tradición muy larga, anterior a la llegada de los españoles, de fascinación por la miniatura –explica Gloria Falcón– y la gente se construía un recuerdo idealizado de sí mismo. En la fotoescultura querían mostrar la imagen con la cual serían recordadas". Por eso se ponían los trajes de lujo, los mejores vestidos y hasta los atuendos de tebsunas. Y el retoque los hacía verse como de ensueño.

"El retoque les dejaba crear imágenes idílicas, permitía que la persona pareciera más orgullosa, con una mirada penetrante, y el propio volumen de la madera contribuía a inventar una fisonomía que no era necesariamente fiel a la real. La fotoescultura es una forma de expresión llena de artificio y afectación. No pretende ser realista".

Bruno Eslava lo sabe. En más de una ocasión tuvo que hacerla de modisto porque la gente le entregaba una foto vieja y le pedían que les diseñara hermosos vestidos que realzaran su figura. Otras tantas veces tuvo que, digamos, hacer algunas concesiones artísticas.

"Un día me mandaron hacer cuatro figuras –rememora el último fotoescultor mexicano– Pero había un problema: en uno de los retratos era imposible determinar si el personaje era hombre o mujer. Pensé que era mujer. Tenía una flor en la boca y un flequillo coquetón le caía en la frente. Vestía además una blusa. Entonces le puse busto, y a la hora de entregar el trabajo la persona que lo iba a recoger me dijo: "¡Señor Bruno, era un hombre!"

Pero le fue bien al fotoescultor: al raro, esa persona le dio más trabajo, porque el retratado quedó fascinado con su pieza. "Me dieron otra imagen del mismo hombre con 'su primer marido'. Y me pidieron que le hiciera su vestido de novia, como si fuera virgen ella", recuerda el señor Eslava antes de estallar la carcajada.

La gente no solamente mandaba hacer fotoesculturas de personas cercanas; muchos enviaban a los artesanos fotografías de sus artistas favoritos, quizás para dedicarles suspiros tal y como hacen las adolescentes de hoy con los pósters de los Jonas Brothers o Zack Efron.

Fotoesculturas de los ídolos de antaño, como María Félix y Pedro Infante, eran de lo más comun. De hecho, Bruno Eslava conserva una fotoescultura de un estoico Pedro Armendáriz.

Pero si de figuras famosas se trata, no hay otra que se compare a la que le encargaron del famoso Carlos Monsiváis. Y es que a Bruno Eslava le encanta esa pieza por el increíble detalle con que realzó a Fray Gatolomé de las Bardas. ¿O era Misoginia? No, ya no recuerda. Quizá se trataba de Miau Tse-Tung. O de Catzinger...

"Si de figuras famosas se trata, no hay otra que se compare a la que le encargaron del famoso Carlos Monsiváis. Y es que a don Bruno le encanta esa pieza por el increíble detalle con que realzó a Fray Gatolomé de las Bardas. ¿O era Misoginia? No, ya no recuerda. Quizá se trataba de Miau Tse-Tung. O de Catzinger..."

En el Museo del Estanquillo se muestran, hasta el 17 de agosto, diversas fotoesculturas que forman parte de la exposición *Si pereces tanto a mí*

"El gato me salió mejor que Monsiváis. Tallé el gato tal y como es. Pinté cada uno de sus detalles a la perfección. La pieza me la encargaron unos amigos del escritor. Les gustó mucho, no tanto por Monsiváis, sino por el gato".

Reconoce que se tardó más de tres días en terminar esa pieza, porque el tiempo le hizo "perder la práctica de hacer animales". Hace unos años era diestro en la elaboración de perros, burros y caballos, porque no faltaban aquellos enamorados de sus mancornas y los jinetes que nunca se separaban de su montura.

Y, como en muchas otras de las fotoesculturas que ha realizado, el señor Eslava tuvo que "perfeccionar" algunos detalles del retrato de Monsiváis.

"Le nuci el sudor con el que siempre sale, porque en la foto que me dieron ya tenía notras. ¿Quién sabe por qué no se pone otro?".

—¿Alguna figura que siempre se le complicara, alguna pieza que le haya costado mucho trabajo realizar? –se le pregunta a don Bruno?

—No, ninguna. Soy un fregón –responde sin titubeos.

Al experimentado fotoescultor le brillan los ojos tras las micas amarillentas de sus modernos lentes de aumento.

Qué ironía: a don Bruno no le interesa la inmortalidad. Jamás hizo una fotoescultura de él mismo o de alguno de sus familiares cercanos en los más de 40 años que tiene dedicado al oficio. "Es más – reprocha –, una vez les hice unas repisas y me las tiraron: que porque no iban con el resto de la decoración. Tuve que ir a sacarlas del bote de la basura cuando vino la señora Cristina Pacheco a entrevistarme".

Ni siquiera consiguió transmitirle los secretos del oficio a algún descendiente o ayudante. Algo esconde este señor de escaso cabello y piel colgada, porque no muestra ni el más mínimo entusiasmo ante la posibilidad de darse presencia eterna. Quizá no le interesa, porque lo que más amaba dejó este mundo hace ya varios años: su esposa, y un hijo varón que de súbito se le esfumó en un accidente.

Pero el señor Eslava tampoco tiene prisa. Dice que seguirá haciendo fotoesculturas hasta que el cuerpo aguante. Y cuando uno se despide de él, no contesta con un dilapidario adiós.

"Vengan cuando quieran, aquí tienen un amigo", dice mientras nos ve salir de su taller de la colonia San Pedro El Chico.

¿Inmortalidad? ¿Como para qué? §